

Consecuencias, connotaciones y posibilidades en la relación entre despoblación, turismo y patrimonio: contribuciones a un debate

Juan Ignacio Plaza Gutiérrez | Dpto. de Geografía, Universidad de Salamanca

URL de la contribución <www.iaph.es/revistaph/index.php/revistaph/article/view/4470>

Si bien es cierto que ya desde hace tiempo se está produciendo un constatado vaciamiento demográfico de las zonas rurales en beneficio, preferentemente, de las ciudades y áreas urbano-industriales y litorales más dinámicas, no es menos cierto tampoco que muchas ciudades han empezado ya a perder población en los últimos años, aunque son, sobre todo, las ciudades pequeñas y medias. Y también creo que habría de responderse al interrogante de si se está produciendo un despoblamiento de los centros históricos afirmando que esa es una realidad muy diversa. Es verdad que muchas ciudades han ido perdiendo población, en gran parte por el crecimiento residencial y urbanístico periurbano generado por factores específicos (otras condiciones, suelo más barato, etc.), pero la “despoblación” de los centros históricos es una realidad con caras muy distintas. La despoblación es un fenómeno complejo y con múltiples causas; al mismo tiempo, su realidad y la intensidad que alcanza varía mucho en función de las escalas de análisis.

Personalmente, a mí me gustaría centrarme algo más en las reflexiones y preguntas que se formulan en un primer bloque que se ha planteado en la discusión teórica al respecto, pero también intentaré hacer algunas observaciones a las del segundo bloque, más centrado en el turismo y las ciudades. El editor-coordinador de este debate abriría algunos interrogantes sobre los que sí me gustaría opinar. “¿Qué consecuencias sobre el patrimonio cultural tiene la desaparición de las comunidades rurales?” Pienso que la despoblación en esas zonas (los que podemos denominar como “paisajes de la despoblación”), manifestación regresiva y preocupante de un problema más amplio y complicado como el de la crisis de funciones y de sentido del mundo rural, tiene una con-

secuencia negativa importante: el abandono del modelo tradicional de ocupación, uso y gestión basado en una relativa diversificación tradicional de actividades agrarias (con todos los riesgos naturales asociados que ello conlleva: incendios, erosión, etc.). Han sido las comunidades rurales las que tradicionalmente han moldeado y atendido un paisaje que han transmitido y legado (verdadero significado del concepto de patrimonio) de una a otra generación. El paisaje agrario es un totalizador de actuaciones heredadas y los modelos que se han construido en algunos casos han sido ejemplares. Con la desaparición, por vaciamiento demográfico, de las comunidades rurales, se ha producido una importante pérdida irreversible de patrimonio tanto material como inmaterial. El medio rural es también depositario de un sinnúmero de tradiciones y elementos de patrimonio que forma el núcleo de las distintas culturas e identidades, parte de las cuales está en peligro de desaparición. Incluso algunos elementos declarados como patrimonio de la UNESCO corren serio peligro de supervivencia.

Con estos procesos desaparecen las fuentes de ese patrimonio inmaterial (la tradición y recopilación oral). Son los efectos dinámicos del abandono. A pesar de todo, y esto que voy a decir puede contribuir a responder parcialmente a la última de las preguntas que se planteaban en el descriptor general de este debate abierto, muchas comunidades locales han puesto empeño especial en los últimos años en recuperar y revitalizar tradiciones, ritos y fiestas populares que han sido reclamo de atracción turística hacia algunos pueblos y han generado ciertos beneficios económicos, aunque también es verdad que con apoyo institucional (es lógico): una forma de intentar salvar parte del patrimonio inmaterial.

“Además del despoblamiento ¿hay otros procesos que destruyen a esas comunidades rurales?” Yo creo que sí. Por un lado, el abandono administrativo: pérdida de servicios, infraestructuras e infoestructuras y atenciones que padecen muchos pueblos. Por otro lado, el proceso de transformación (cómo se desfigura y cambia una aldea, un pueblo), reinención de paisajes y de caserío, de usos y actividades, que han conducido a su banalización. Ha sido un proceso muy ligado a la creencia desmesurada y excesiva en los efectos beneficiosos de la promoción turística y de su mercantilización. También han contribuido la misma destrucción y desaparición de propiedades y recursos comunales. La apropiación, movida por otros intereses más especulativos y a través de medidas como la recalificación del suelo de parte de esas superficies; apropiaciones de otros recursos y, sobre todo, apropiación de la toma de decisiones, ya no en manos de los niveles y poblaciones locales, sino en otras instancias políticas y administrativas más alejadas.

“El turismo como estrategia de desarrollo local y regional ¿es una vía óptima para combatir el despoblamiento?” Por un lado, sí, pero solo en parte. El turismo puede ayudar, aunque no solo el turismo (creer en el “monocultivo” cuando se viene hablando e insistiendo en la diversificación puede ser nefasto) y no desconectándolo de la realidad social y territorial de su ámbito de aplicación. Por otro lado, sí, pero según cómo se oriente y cómo se gestione (recordemos lo que antes se decía: el peligro de la banalización). Ha de ser un turismo con beneficios locales, que contribuya también a recuperar empleos, oficios y/o tradiciones locales, respetuoso con los recursos y con el medio, no agresivo, controlado, donde las comunidades locales no sean algo aislado, raro o singular (por usar un verbo suave), sino que su implicación lo convierta en mejor gestionado y más participativo, etc. Es decir, el turismo no es la panacea en términos absolutos, pero sí es una alternativa aunque bien contextualizada y planteada.

“¿Cómo se podría vertebrar la preservación del patrimonio y su promoción turística con el repoblamiento?”: en buena medida yo pienso que a través de las connota-

ciones que se han señalado en el párrafo anterior y que conducen a un planteamiento sostenible e integrador de la actividad y la promoción turística. Pero también a través de propuestas creativas y atractivas de gestión y de participación en la misma.

Finalmente, sí me gustaría apuntar una última consideración pero relacionada con la “turistificación” y los centros históricos de las ciudades y que puede contribuir a responder al interrogante de “¿qué repercusión tiene la expulsión de las comunidades locales sobre el patrimonio cultural en las ciudades?”. La “sobreturistificación” de los centros históricos ha tenido tres consecuencias importantes en muchos de ellos (aunque dependiendo de casos): expulsión de las comunidades locales por otros intereses urbanísticos y especulativos; desaparición de la diversificación económica y comercial característica que les ha definido tradicionalmente, monotematizándolos en consecuencia (tiendas de *souvenirs* y locales de restauración); y, como corolario de esto último, banalización-simplificación del paisaje comercial y urbano.